Novedad GG

Colección Punto y Línea

Hans Heinz Holz
De la obra de arte a la mercancía

Alfredo De Paz
La crítica social del arte

Javier Coma
Del gato Félix al gato Fritz
Historia de los comics

Colección Comunicación Visual

Ray L. Birdwhistell
El lenguaje de la expresión corporal

Arnau Puig
Sociología de las formas

Jean-François Lyotard
Discurso, Figura

Colección Tecnología y Arquitectura
Construcción alternativa

Ken Kern
La casa autoconstruida

Edward Allen (Ed.)
La casa «otra»
La autoconstrucción según el M.I.T.

Brenda y Robert Vale
La casa autónoma
Diseño y planificación para la autosuficiencia

Editorial Gustavo Gili, S.A.

(azúcar, vino, cochinilla y plátano, tomate, turismo, situación estratégica...), etcétera. ■ V. M. R.

Grandeza y miseria del texto

En los últimos tiempos multitud de autores, cual si aterrados por la posibilidad de que les salga una narración, urden complejos experimentos, en el curso de cuya perpetración bautizan lo que antes se llamaban palabras, o recuerdos, como "materiales", y a su propio quehacer, que en el fondo intentaría ser nada más y nada menos que una novela, lo denominan "texto". Los "textos" suelen, claro, tener "subtextos", y así indefinidamente.

Hijo de esta especie de pudor literario es el libro escrito a dúo por José Luis Téllez y Javier Maqua: "Aventuras de Percy en Oceanía" (1). Libro no sólo atractivo de presentación y bonitamente impreso, sino rico en estupendas calidades estilísticas y, a la vez, víctima de sus propios excesos.

Téllez y Maqua conocen la tira en lo que se refiere a semiótica y "comunicación", y ello ocasiona tanto las virtudes como los defectos de "Aventuras de Percy en Oceanía". Entre la simbología y la humorada, son detectables en estas páginas no pocos avatares políticos del posfranquismo y, pese a lo coyuntural de ciertas referencias, el factor sorpresa y la general finura de estas invocaciones-exorcizaciones suelen captar la atención del lector. Hay, no obstante, en este aspecto referencias a lo evidente que, en realidad, alcanzan un resultado críptico: así, la inclusión de la purga en el interior del MC de Madrid que se llevó por delante, como cabeza de turco visible, a José Torres. El lector no versado en intríngulis tan preciso no es fácil que comprenda a qué viene el tratamiento literario que recibe la cosa en estas "Aventuras..."; los autores y otros cuantos sí, pero poca gente más que ellos.

Es un libro amargo, como cumple a la experiencia de la gente que hoy ronda la treintena y estuvo metida hasta las cachas en las últimas clandestinidades antifranquistas. El desmoronamiento de las energías políticas, la catástrofe de la vida personal, son constantes que el libro rezuma y el lector, a trancas o barrancas, no puede dejar de percibir. La amargura en sí no es un valor literario, pero a Téllez y Maqua les sobra inteligencia para vehicularla en espléndidos fragmentos "textuales" como éste: "Por eso gritaré, hasta morir, que cualquier significante es practicable para expresar la impotente obstinación de las fieras bajo el océano. Muéstrame una isla no señalada en los mapas, un significante sin significado, matriz oscura del lenguaje, residuo o balbuceo del perdido palimpsesto, donde las horas no batan su imperiosa agonía. Tal es nuestro amor. ¿Por qué no bautizar Pirámide, Solsticio, Alfabeto, Bergantín, Clepsidra, Dardanelos, Espacio, Fruta, Geografía, Hermenéutica, Impaciencia, Jitanjáfora, Lemniscata, Materialismo (dialéctico), Nosología, Orto, Recorrido, Territorio, Univocidad, Vigilia? Y...".

De ahí al exceso, al fárrago, al derroche "textual" sólo hay un pasimisí pasimisá, y los autores lo dan en numerosas oportunidades. Por eso lo que pasa con Percy en Oceanía queda sepultado bajo aludes de discursos y sintagmaiconocerías, y el lector se queda in albis. Téllez y Maqua demuestran a machamartillo que la literatura es, entre otras cosas, una celebración; el problema es que, sin seguramente irles la marcha, la cosa deriva con frecuencia a la liturgia. Que es justamente lo que este texto atroz y a ratos bellísimo hubiera debido evitar. ■ MIGUEL BAYON.

(1) Editorial Campus. Cuadernos Abordaje.

Javier Maqua y José Luis Téllez.

Un pueblo que muere

El conflicto árabe-israelí es uno de los más delicados que se viven hoy, sobre el que se centra la atención del mundo entero. Un conflicto que tiene ya una larga y negra cronología.

Los judíos iniciaban un éxodo de siglos cuando los ejércitos romanos entraban en Jerusalén en el 70 de nuestra era. Al fin, y como principio de una etapa nueva, en el año 48 de nuestro siglo un nuevo Estado nacía: el judío, como consecuencia directa del ataque victorioso sobre Jerusalén, con ayuda de material norteamericano y checoslovaco. Es Israel. Tal vez el primer paso se había dado en el 17 con la Declaración Balfour. Y con el lento regreso de judíos que se había producido desde 1922 hacia Palestina, con idea de recuperar su tierra: es el Movimiento Sionista, fundado en 1897.

El canal se convierte en motivo, en 1956, para la invasión de la península del Sinaí por parte del Estado de Israel. Y, por fin, la "guerra de los seis días", cuando el Ejército de Israel completa sus aspiraciones territoriales.

El fanatismo sionista, casi justificado exclusivamente de una manera mesiánica, conformó con su actitud una inversión de la historia, que pasa a ser "una historia ignorada, cuando no hábilmente ocultada: el pueblo secularmente víctima se convierte en pueblo agresor".

Palestinos. Un pueblo que a su vez se ve desplazado, perseguido, maltratado. Precisamente por aquella comunidad judía inmolada en los campo de exterminio europeos. Y se le obliga a que comprenda que sólo hay un camino de retorno: la lucha armada y la constitución de un Ejérci-

to nacional. Aparecen entonces distintas alternativas. Hasta que en 1958 nace Al Fatah, un movimiento que se marca desde el principio como objetivo el de liberar Palestina. Y se olvidan planteamientos extremistas: "se lucha por una Palestina en la que convivan libremente, y en igualdad de derechos, las comunidades palestina, judía y cristiana". Lo que no acepta Israel.

Roberto Mesa, especialista en la problemática del Tercer Mundo, es quien desarrolla de manera precisa el tema. Se trata de un conjunto de trabajos realizados en diversas condiciones y momentos, engloblados en un libro no por ello menos cohesionado y completo (1). Donde se narran los hechos, se explican las causas, se sitúa el conflicto en su entorno árabe y se añaden textos fundamentales sobre la revolución palestina.

Acuerdos, apoyos interesados, compromisos a nivel de grandes potencias, masacres consentidas, diplomacia inconfesable. Telón de fondo de un drama que se hace permanente: el de un pueblo que sufre. Así de sencillo, así de terrible. Un pueblo solo, "rodeado del asentimiento silencioso de la opinión pública internacional". Como afirma Mesa al recordar la muerte de Jawad, el palestino que conoció: "Su sacrificio reclama y exige la unidad de todos los palestinos. Su fraternidad obliga a la solidaridad de todos los pueblos y gentes progresistas en defensa de Palestina... con todos los condenados de la tierra que un día serán dueños de su destino". ■ **VICTOR CLAUDIN.**

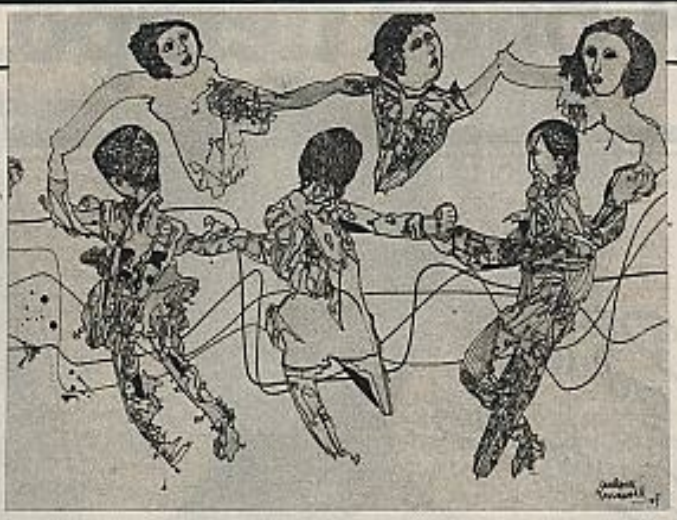
(1) Roberto Mesa: **La lucha de liberación del pueblo palestino.** Colección Goliárdica, CUPSA Editorial. Las citas son del libro.

La vision masculina de lo femenino

Varios son los trabajos de altura que han realizado mujeres de evidente capacidad intelectual con respecto al tema de lo femenino y el feminismo. Betty Friedan, Simone de Beauvoir, etc., pretendieron, y consiguieron, demostrar en su día, a través de la publicación de sus análisis y conclusiones, que el hombre siempre había pretendido mantener su

Signos de admiración

La sardana de la vida y de la muerte



ESTE dizque pregón, con la venia de José María Moreno Galván, ilustre coandaluz y benévolo amigo, supone un público emplazamiento para el pintor catalán Armand Cardona Torrandell y, al mismo tiempo, una opción de renuncia en lo que afectarme pueda. Porque, en letras de molde, exhorto al notable artista a que no aplace más su formal promesa, fechada en 1974, y dedique sus asombrosas energías vitales y sus extraordinarias facultades plásticas a la serie de articulados cuadros, en función de mural, que, al equilibrar tradición y sentido de nuestra época, habrían de representar la simbología creadora de lo humano y el rítmico despliegue del entramado social, determinando actualísimo miraje.

Porque en el año citado, un vinagriento lustro ya, visité —aprendiz de espectador, que no es menguado oficio— la sala que Josefa Seiquer, a la que profeso sincero aprecio, regentaba a la sazón en la calle de Santa Catalina, hacia el Ateneo varada, en un edificio que pronto habrían de apuntalar y fatalmente destinado a solar de moderna capsulera. Aquel reducido local me proporcionó en más de una ocasión gratas sorpresas de originalidad en dibujos y acuarelas. Exponía, la tarde en cuestión, Armand Cardona Torrandell, atenido a las supuestas dimensiones menores, mediante conjugación de líneas apenas coloreadas. En su pared lateral, a mano izquierda de la puerta, al salir, giraban su elegante reiteración autónomas, y sin embargo colectivas, escenas de sardana, con mujeres como principales partícipes. Desafiaban la interpretación plausible, admitida, dentro de la hermosa hipérbole margaliana, ciertas recónditas inflexiones que tras apostillar la jocundidad mediterránea le añadían una natural desembocadura al "más allá", injerta la orgullosa pagania de los cuerpos lozanos en los adivinables esqueletos. Y viceversa, recompuesto así el baile eterno.

Me hallaba, pues, ante una versión no sólo apologética, sino dual, de la sardana, similar a un trasplante —estético, sensitivo— de la dialéctica, del amor como lucha y del antagonismo como destino, según lo definiera, al calor de mis manifestaciones, en el bullente caldero de la charla, Armand Cardona Torrandell. Quizá me mostré, espoleado por la intuición entusiasta, más que fantasioso en aquel encuentro. Y al responder mi provocación a una germinante tendencia del pintor, a sus claves de expresión ante el motivo que proponía, bajo el manto de Brueghel, muy superior al mero concepto folklórico y rayano en lo ritual, concertamos una alianza en que la palabra —verso, prosa, coral ilustración, diálogo ceñido, brote ensayístico, materia onírica— serviría a las conjuntadas acepciones de la sardana, ofrecida de tal suerte comunicante a los pueblos peninsulares, en tanto que invitación de manos abiertas, de un libre "tejer y destejer", de la deseable alternancia, armónica, de compañía y soledad, de comunidad e individuo.

Creía, y rubrico, observada su infatigable trayectoria pictórica, que Armand Cardona Torrandell es uno de los más indicados para realizar obra de esa magnitud y de proyección tal que ambas rebasan las usuales medidas y los correlativos contenidos. Este vikingo, traza y energías lo proclaman, nacido en Vilanova i Geltrú, a orillas del viejo y renacido mar, familiarizado, por la sed intelectual que lo distingue, con las huellas de las oleadas humanas y civilizadoras que allí desembarcaron y afincaron, posee una capacidad de trabajo y una fuerza imaginativa que le impulsan a la multiplicación de los rostros, de las corporaciones, de la dinamicidad en que han de comparecer y de los cendales o campos descubiertos que precisan.

El texto premonitorio, englobador, que redactara, olvidado fue. Las escrituras que signen las diversas y concordes piezas a otra u otras plumas se encomendarían. No seré un quejicoso... (Rastro anecdótico cierta excursión por costas tarraconenses. Y las tobogánescas incursiones —Armand Cardona de guía— en un recorrido surrealista de Barcelona, simple aventura y recuerdos personales.)

... Pero Armand Cardona Torrandell debe acometer sin más dilaciones la pintura de los secretos, para la danza engarzados, que habrán de componer su gran mural de "la sardana de la vida y de la muerte", edificante para el espiritual entendimiento ibérico.

Antes de que sea demasiado tarde, de que se desaten las furias de los dioses lares, impacientes y crispados por la injustificable larga espera. ■ **MANUEL ANDUJAR.**